

L A L O C A

En una playa abandonada,
el mar lamía incansable la roca y los crustáceos,
babeante, moroso, lengüeteando
corazones de ahogados, botes vacíos,
trituradas farolas de saraos de antaño.

Melliza de la mañana húmeda y gris,
silbaba la marea, vacilante, restregando
su especie adobada y salada
por la muralla natural, impenetrable,
dura tierra para el pasar,
caminando, si mirando al vacío
va un niño, una mujer con una cesta,
o La Loca de Azuaga, pueblo costero
más allá del desierto y de la vida.

La Loca, nariz perdida y blanca,
pómulos desgarrados, relicarios sangrientos
de una infancia anormal, arquitectura
con años por ladrillos, memoria
cual espanto, miedo
alucinado y pavoroso
que se fue calcinando enfermedad.

¡Azuaga, pueblo amarillo y verde,
poseías a la salida de los buques de pesca
una adivina noble, destinataria de Saturno,
homenaje al terreno acontecer!

¡Azuaga, paredes blancas,
te adormeciste en la sábana del tiempo
y de tu cuerpo fue La Loca
el miembro más humano y desquiciado!

La Loca, una sombra alargada
apoyada en la costa marinera,
alimentada de aullidos y de rezos.
Una chumbera, muchas piedras,
su lecho, el retablo de las arañas y escorpiones.

Azuaga, más te valiera haber nacido
yerma, que parir infantes despiadados,
pesquisidores de la sombra de la línea
de La Loca, para atacarla
jadeantes, a pedradas, honderos de la angustia.
Su senda era un reguero de sangre cada día.

Marcha atrás en el tiempo,
de rodillas perseguía a un cangrejo
en la playa desierta. Se familiarizaba
con su huella en la arena
para intuir la íntima ternura.
Fue la última virgen de la Revolución.